INAUGURACIÓN DEL CURSO EN NUESTROS CENTROS ACADÉMICOS
(Capilla del Seminario Metropolitano San Atón, 27 de octubre 2025)

Queridos hermanos y hermanas: ¡El Señor os dé la paz!

Saludo de un modo especial a los directores de los centros académicos de la Archidiócesis, profesores, estudiantes y a todos los presentes en esta Eucaristía, con la que inauguramos el nuevo cuso académico en nuestra Archidiócesis.

Nos reunimos como comunidad educativa ampliada para dar gracias a Dios por la vocación a la que nos ha llamado de educar y formar, de educarnos y formarnos y, al mismo tiempo, para invocar al Espíritu Santo, a fin de que nos ilumine y guie en el camino del conocimiento, la fe y la verdad, para que este año académico sea fructífero para todos, educadores/formadores y alumnos.

El texto del Evangelio de San Lucas que hemos proclamado nos presenta a una mujer que, a causa de un espíritu, estaba encorvada y no podía enderezarse (cf. *Lc* 13, 10-17). Su enfermedad no solo era física, sin también espiritual, y la oprimía, le impedía mirar hacia arriba, al cielo.

Del mismo modo la ignorancia, los prejuicios y las verdades a medias pueden ser un peso que nos encorve, que nos impida ver la luz de la verdad completa. Jesús con su palabra llama a la mujer y la libera: "Mujer, quedas libre de tu enfermedad". En un mundo de normas y de ritos, Jesús pone a la persona en el centro: "El sábado está hecho para el hombre y no el hombre para el sábado" (*Mc* 2, 27).

La educción/formación que ofrecemos en nuestros centros académicos, a imagen de lo que hace Jesús con la mujer encorvada, ha de colocar a la persona de nuestros alumnos en el centro. Esto comporta que la enseñanza y formación que estamos llamados a impartir en nuestros centros no debe ser un mero compendio de datos y de teorías, sino un camino para *enderezar* a la persona, para liberar al ser humano de todo lo que lo oprime y lo aleja de Dios y de su propia plenitud.

Teniendo en cuenta que la educación es parte central de la misión evangelizadora de la Iglesia, el Papa León acaba de darnos unas indicaciones preciosas y precisas sobre la educación, en su carta *Trazando nuevos mapas de esperanza*, que han de marcar nuestro camino en este momento de *emergencia educativa*. Dice León XIV: "La educación católica […] debe formar conciencias capaces de elegir no solo lo conveniente, sino también lo correcto". Siguiendo siempre el magisterio de León XIV, la educación católica, además de asumir el "legado profético" del Pacto Educativo Global de Francisco, debe abrir a los alumnos de nuestros centros a la vida interior: "Los jóvenes piden profundidad, necesitan espacios de silencio, discernimiento y diálogo con la conciencia y con Dios"; debe "educar en lenguajes no violentos, reconciliación, puentes, no muros".

La verdadera educación busca siempre la verdad para hacer a la persona libre y completa. Si la educación/formación es para la vida y la vida en plenitud, entonces de esa educación/formación no podemos excluir los valores que nos vienen del Evangelio, pues nuestra meta es alcanzar "la plena estatura de Cristo" (*Ef* 4, 13). Al igual que aquella mujer se puso derecha y glorificó a Dios, nuestros estudiantes deben salir de nuestras aulas con la capacidad de mirar de frente a la vida y de dar razón de su vocación cristiana: "Estad prontos para dar

razón de vuestra esperanza", nos dice el apóstol Pedro (*1P* 3, 15). Nuestros centros académicos no solo deben cuidar la educación/formación intelectual, sino que han de procurar dar una formación integral. Esto exige una formación intelectual y espiritual, humana y cristiana, que toque los cuatro centros vitales de la persona: la inteligencia, los contenidos; el corazón, que alcance los sentimientos; las manos, que sea para la vida; y los pies, que parta de la situación vital de cada uno y que, por lo tanto, sea personalizada.

El *Salmo* interleccional (cf. *Sal* 67) nos recuerda que "nuestro Dios es un Dios que salva". En el contexto académico en que nos encontramos, esto significa que nuestra enseñanza no es fin en sí misma, sino instrumento de salvación. Estudiar, enseñar, deben ser actos de amor, destinados a liberar a la persona de la ignorancia y a enriquecer su espíritu. El *Salmo* también nos habla de un Dios que "liberta a los cautivos y los enriquece". Esta es una hermosa imagen para nuestros centros académicos. No solo liberamos a los estudiantes de la ignorancia, sino que los enriquecemos con el conocimiento, la sabiduría y los valores cristianos.

Queridos profesores: sed guías en el camino de la liberación; sed maestros que no solo trasmiten conocimientos, sino que también ayudan a los estudiantes a liberarse, a mirar al cielo y a descubrir su propia dignidad como hijos de Dios. Ayudad a vuestros estudiantes a liberarse de la mediocridad y a abrirse a la plenitud de la vida. Suscitad la "curiositas" de la que hablaban los maestros medievales, esa actitud con la que hemos de mirar la realidad en la que Dios nos quiere mostrar la verdad escondida, la belleza discreta; esa actitud que no es un gesto de frivolidad, que no tiene más envergadura que las redes sociales y una sabiduría prestada a golpe de click, sino la condición para dejarnos sorprender por Dios, siempre nuevo, y por los nuevos conocimientos.

Queridos estudiantes: sabed que estudiáis no solo para superar un curso, sino para buscar la verdad, y no una verdad cualquiera, sino la Verdad, que es Cristo mismo. No os conforméis con respuestas superficiales a vuestras preguntas y a vuestra búsqueda de plenitud.

Que nuestros centros académicos sean espacios para el crecimiento integral de las personas; espacios donde la fe y la razón dialoguen; centros donde no solo se cultive la inteligencia, sino también el espíritu, el afecto y la fraternidad; espacios para crecer como personas íntegras, capaces de transformar el mundo con la luz del Evangelio.

Que la Santísima Virgen, Sede de la Sabiduría, nos acompañe en nuestro camino y que al final del curso, como la mujer del Evangelio, podamos ponernos en pie y glorificar a Dios por las maravillas que Él ha obrado en nosotros. *Fiat, fiat, amen, amen*.